

sar por alto el triste ejemplo que un grupo de jóvenes actores que asistía al espectáculo recibió, durante toda la función, de Eduardo Espinosa, quien no debe olvidar que en teatro, una buena voz, como la suya, es sólo el material en bruto de un actor, y que una dicción correcta, entendible, es elemental.

Responsable último de estas deficien-

cias es Marcelo Lavalle, que ha dirigido el Teatro Lys con admirable superficialidad; porque dentro de un tono puramente externo y carente de vida interior, Lavalle logró —en líneas generales— una puesta de efectos plásticos y vocales de indudable belleza. Pero si el arte es vida, como en ella, lo que en él importa, ante todo, es el alma.

ARTE

En busca de un camino

Por CAMILO BOASSO

GALATEA ha reunido en una muestra a dos ceramistas que representan dos tendencias importantes del arte actual, algo así como el principio femenino y el principio masculino de la plástica: *Adelina Aberastury* y *Miguel Ingoglia*. Adelina Aberastury modela cacharros para cocinar en su cocina, y algunas muchachas que den vida a la empresa de condimentar la vida. Es un arte tosco, destinado a usos primarios. No son artículos de adorno. Ninguna concesión a lo suntuario. Tal vez sea lícito adornar la vida. Pero qué sentido tendría si primero no se lograra cocinarla. El modelado es basto, pero de ninguna manera grosero. Las tierras tostadas a las brasas, con su granulado natural y un poco de esmalte que dé algún brillo a la vida cotidiana, han alcanzado una extraordinaria riqueza y sutilidad de sentimientos. Aberastury desea encontrar las cosas simples, desartificializarse, desligarse de la fastidiosa "vida de sociedad"; beber caldo y aloja, en lugar de los egrios copetines. ¿A qué bueno utilizar indefinidamente la producción industrial, si al paso se empobrece la vida humana? Ingoglia va también en busca de formas primordiales, pero no las encuentra en la casa, sino en los menhires dejados por los antepasados. Despojadas de la concentración sacra de que estaban dotados al principio, son estudiadas sus formas a título de ecuación con la vida. ¿Qué tie-

nen las formas del pasado que cautivan a los presentes? Ser moduladas a la medida del ser humano que busca el futuro. Entonces hervía lentamente el anhelo de encontrar el camino de las matemáticas, como síntesis del dominio de la materia. El hombre avanzaba a su propio paso. Los centauros garababan cuatro patas corredoras para recorrer pequeños espacios. Ahora avanza a la velocidad con que se quema el combustible, lo que representa una considerable ventaja. ¿Pero, para qué? ¿Se tienen todavía metas que alcanzar? ¿Se va a impulsos de una finalidad humana, o la velocidad de hoy responde a la simple necesidad biológica y psíquica de quemar energías? En la era de la velocidad nos ha surgido una necesidad humillante: salir a caminar, hacer deportes, *para cansarse*. Ingoglia retoma las viejas formas de las piedras en las que se esbozó una forma "agrada", con la esperanza, al menos secreta, de concitar las fuerzas naturales hacia funciones humanas. Las curvas de Ingoglia responden a ecuaciones matemáticas; pero repentinamente las matemáticas dejan al descubierto signos sagrados. Las esculturas de Ingoglia son así imágenes de la situación espiritual del hombre presente: hace un siglo se profetizó la decadencia definitiva de la religión y su remplazo por las ciencias positivas. Hoy comenzamos a darnos cuenta en qué forma las ciencias reem-

plazan a las religiones teístas: las ciencias positivas constituyen una nueva religión, con el árbol valorativo, constitutivo de toda religión: "se debe hacer, haremos, lo que digan las ciencias". Sus adeptos saben que el órgano de investigación ya no es la teología, sino las matemáticas. Ahora bien, las matemáticas mensuran y combinan cantidades. Las cualidades de la físico-química no son las cualidades de la filosofía. ¿Cuál es, pues, el dios del *homo scientificus*? Ni más ni menos que el ser extenso puesto en marcha. La religión nueva, nacida del rechazo de los teísmos, se convierte así en un panteísmo de la materia mensurable. "Haremos lo que digan las ciencias" significa, por tanto, "obedeceremos la ley del dios-mundo que avanza". La libertad, o no existe, o debe someterse en todo caso al ser extenso móvil. Aidelina Aberastury y Miguel Ingoglia encarnan en sus cerámicas, no sé si consciente o inconscientemente, dos tendencias del hombre actual no polarizado por una fuerza teísta: algunos viven lo inmediato, representado por los enseres de la vida doméstica, generalmente con un minucioso cuidado de que ningún aerolito de un mundo desconocido, venga a romper el cristal de la conciencia. El espacio es indefinido, o, si no lo es, ninguna ventana queda abierta al "espacio" exterior. Quieren vivir simplemente su vida humana, sin complicaciones con "cuerpos extraños". Pueden incluso "orar", como los protagonistas de Keruac, pero su plegaria ya no es un diálogo sino un soliloquio. Estos hombres no niegan que se pueda hablar con gente de fuera de casa, pero por el momento no desean hacerlo. A este modo vital, curiosamente llamaba Rilke "lo abierto". Entiéndase, abierta la ventana interior. Una segunda tendencia, manifestada en los menhires de Ingoglia, no omite la pregunta acerca del sentido de la vida humana; y encuentra que la respuesta, aunque nunca se pueda tener toda en las manos, sí se puede afirmar que la tiene totalmente el mundo. Respuesta estrictamente relativa al proceso cósmico, porque el ser es un proceso. Como se ve,

responden al panteísmo dinámico que encarna la filosofía de Marx.

Ahora bien, cabe preguntarse por qué tal actitud se expresa por formas arcaicas, como es también el caso de Grasno, Leónidas Gambartes, Keneth Kemple, Orlando Gianferro, para citar algunas muestras de las últimas semanas. A esta altura del proceso de occidente, la respuesta es clara, aunque no se podría dar en pocas palabras, para quien no tuviera un conocimiento suficientemente claro y profundo. El mundo de occidente, después de vivir unos 25 siglos de actitud predominantemente apolínea, ha entrado en una oleada dionisiaca, caracterizada por el predominio del sentimiento sobre la inteligencia, el proceso sobre los resultados, las texturas sobre los tejidos, la función sexual sobre la resultante natural que son los hijos, el acto de existir sobre las esencias actuadas, que por otra parte no se considera que se puedan fijar, a no ser como logros microtómicos de gabinete. Las causas de la prevalencia dionisiaca no está en mis manos señalarlas; creo que su determinación se ha de dejar a la naturaleza, en lo cual me adecuó a la mentalidad dionisiaca, y al Señor de la naturaleza, con lo que abro una ventana al exterior, descuidado de los aerolitos. Ahora bien, cuando el hombre fija su atención sobre el proceso, vuelve instintivamente sus ojos al pasado, porque el pasado descubre en el presente su razón de proceso. Si me propongo fines, los procedimientos son medios; pero si me propongo procesos, los procedimientos son fines. Los poetas intentaron la poesía pura, fuerza poetizante de las palabras; los pintores abolieron las formas, y se limitaron al color-espacio. Alguien expresó esto negativamente, diciendo que "el arte de pintar se transformó en el arte de no pintar". Los pintores más "místicos", como el caso de Klee, comprendiendo que el hombre también desea sentarse, hacerse casa, caminar de un modo determinado, contemplar, estabilizar su vida, reconstruyó formas primitivas, con el mínimo de referencia a estructuras fijas: gatos piramidales, palacios quiméricos, oscuras formas florales, danzas, termi-

nando en los cuadrados mágicos, como formas elementales e indefinidamente combinables. La pintura se convierte en la resultante de un cálculo de probabilidades, formulada por el signo del infinito. Y estamos nuevamente ante el mismo resultado: las formas indefinidamente combinables coincidieron con las formas arcaicas.

No todos los pintores tendieron con el mismo ímpetu, ni en la misma forma. Pero todos sufrieron su impacto. Véanse las muestras de las últimas semanas. *Norah Borges* pinta incansablemente sus doncellas-ángeles músicas, evidentes actores de la "fundación mitológica de Buenos Aires" de su hermano Jorge. *N. B.* es demasiado fina, demasiado niña de antes, para entrar en la orgía dionisiaca. Pero las niñas, laúdes y portones, se le esfuman entre las manos. *Raúl Soldi* se ha quedado con las tranquilas sombrillas, volantas y damas de Cambaceres. Pero Cambaceres se descompone en *Glew*. Las coloridas flores de *Russo*, vuelven al torbellino original de los colores. Los paisajes de *Uriarte* se descomponen en el espectroscopio. *Farina* repite sus "Yuyales", que no son más que soportes literarios de la luz que comienza a herguirse en varillas verticales. *Forte* emigra cada vez más al negro y colorado iniciales. *Gambartes* descubre restos del hombre prehistórico de América, que debe haber existido, al menos como proceso ideal, aunque *Alreghino* haya confundido una calota con un huevo de avestruz, según dijo José María Blanco.

Garavaglia, *Sarah Grilo*, *Testa*, *Silvia Torras*, *Enriqueta Furiás*, y los incontables informales adoptaron otro temperamento con resultados no fundamentalmente diversos: reproducir con la materia y el color aquella vibración que debió preceder la organización del caos. *Mac Entyre*, *Vidal*, *Fernández Muro*, trazan algunas líneas como anteproyecto a la materia organizada, o señalan algunas zonas en que ha comenzado a concentrarse la luz. Las niñas vestidas con tules y halos de *Trabuco* son sueños muy femeninos y delicados, pero prontos a abandonar este mundo, incapaces a asistir al descuartizamiento de Dionisos.

Como se ve, por ahora hemos hallado el camino del pasado. ¿El pasado, nos va a descubrir el camino del futuro? Me limito a constatar que algunos han encontrado el camino del presente. La exposición del premio Palanza reúne varias obras del hispanoargentino *Leopoldo Presas*, quien se ha definido por una pintura temática humorista. El tema es el cerdo, que canga con la responsabilidad de llevar una sardónica crítica a los "cerdos". En su taller hemos visto tiempo atrás toda la serie de los cerdos campeones, 1961: allí estaban el representante de la política, la economía, el comercio, la universidad, la pintura y sin omitir temas más profundos como el amor, el profesor. Es una crítica sana —y necesaria— que pone al descubierto el engaño en todos los sectores de la vida humana. De la exposición Palanza, "El cerdo y su amante", es digno de una pinacoteca.